PARA LOS JÓVENES HAN CAMBIADO LAS FRONTERAS DIGITALES ENTRE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

LA GENERACIÓN QUE LO COMPARTE TODO (PERO NO CON TODOS)

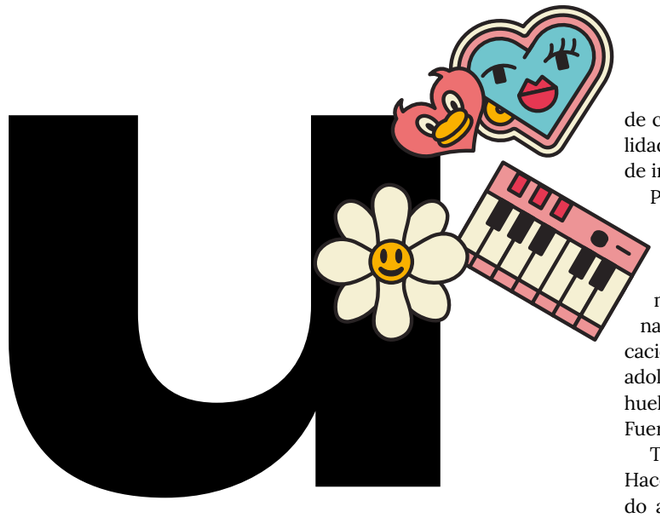
Cuando hablamos de jóvenes e intimidad tendemos a observar sus comportamientos desde nuestra propia idea de lo privado. La cuestión es que, para ellos, la exposición virtual siempre ha estado ahí, incluso antes de tener sus propias redes sociales (*sharenting* mediante) y han aprendido a relacionarse con la privacidad y la exposición de acuerdo a las reglas del mundo en el que están creciendo.

TEXTO: **BEATRIZ FEIJÓO** ILUSTRACIÓN: **ANA CUNA**



Panóptico digital

telos 130 | 11_2026



Una adolescente puede tener dos cuentas en Instagram. Una es la "oficial". Allí están sus compañeros de clase, conocidos, familiares y gente con la que no tiene demasiada confianza. La otra es privada y tiene muchos menos seguidores. Solo entran sus amigos más cercanos y es en esa segunda cuenta donde comparte más cosas de su vida y se muestra de forma más espontánea.

Para alguien de otra generación, la idea puede resultar un poco chocante. ¿Una cuenta en una red social como espacio privado? ¿No habíamos quedado en que las redes eran precisamente el lugar de la exposición?

Quizá ahí esté parte del problema cuando hablamos de jóvenes e intimidad. Tendemos a observar sus comportamientos desde nuestra propia idea de lo privado. Y rápidamente llegamos a una conclusión: se exponen demasiado, luego les preocupa menos su privacidad.

Pero no tiene por qué ser así. Puede que simplemente la entiendan de otra manera (Vespoli *et al.*, 2025). En *marketing* y publicidad utilizamos los mapas de empatía para intentar comprender a las personas a las que queremos dirigirnos. Qué ven, qué hacen, qué piensan, qué sienten. Hagamos por un momento ese mismo ejercicio con los jóvenes.

¿En qué mundo han crecido?

CRECER MIENTRAS TODO SE COMPARTE

Redes sociales, conexión permanente, fotografías, vídeos, mensajes, notificaciones. Contenido que se consume a toda velocidad y desaparece enseguida porque ya hay otro esperando. También algoritmos que deciden buena parte de lo que vemos y, cada vez más, inteligencia artificial capaz de crear y transformar contenidos con una facilidad que hace pocos años habría resultado difícil de imaginar.

Para quienes hemos conocido ese mundo ya de adultos, la exposición llegó después. Para ellos, estaba allí desde el principio.

En algunos casos, incluso antes. Pensemos en el *sharenting*. Ecografías, embarazos, nacimientos, primeros pasos, cumpleaños, vacaciones, festivales del colegio... Muchos niños y adolescentes de hoy comenzaron a construir su huella digital sin haber publicado nunca nada. Fueron otros quienes empezaron a contar su vida.

También han crecido rodeados de imágenes. Hacerse una foto ya no exige que esté ocurriendo algo excepcional. Fotografiar lo que comes, cómo vas vestido, dónde estás o qué estás haciendo forma parte de la conversación cotidiana. La imagen no solo conserva un recuerdo. Muchas veces es el propio mensaje.

"Los límites entre exposición e intimidad existen, aunque cambian según la persona, la relación o la situación"

Visto desde ese contexto, quizá resulte más fácil entender que sus fronteras entre lo público y lo privado no sean exactamente las nuestras.

Y eso no quiere decir que no tengan fronteras. De hecho, una encuesta de OCU publicada en 2025 muestra que el 76 % de los adolescentes adopta controles de privacidad en sus aplicaciones. Es un dato interesante porque rompe una asociación demasiado automática: estar muy expuesto no significa necesariamente que dé igual quién puede vernos.

LO COMPARTO CONTIGO, NO CON TODOS

Volvamos a las dos cuentas de Instagram. La clave no está en cuánto comparte esa adolescente sino en con quién lo comparte. Puede enseñar algo a 20 amigos y no querer que lo vea su familia. Puede cuidar muchísimo una fotografía que publica en su perfil abierto y, en cambio, subir sin pensarlo demasiado otra mucho más espontánea a una cuenta cerrada.

Para ella no hay necesariamente una contradicción.

Otro ejemplo muy cotidiano es compartir la ubicación en tiempo real. Muchos adultos reaccionan con bastante recelo ante la idea de que otra persona pueda saber dónde están en cada momento. Entre amigos jóvenes, en cambio, puede tener un sentido mucho más práctico. ¿Por dónde vienes? ¿Has llegado ya? ¿Salgo de casa? ¿Has vuelto bien? Lo que a nosotros puede parecernos una cesión importante de privacidad, para ellos puede ser simplemente una forma cómoda de organizarse.

En nuestras investigaciones con adolescentes aparecen contradicciones parecidas cuando hablamos de relaciones de pareja y control digital. Hay prácticas que provocan un rechazo inmediato (Feijóo & Paz-Rebollo, 2026): clonar los mensajes de la pareja o acceder a sus conversaciones para controlarla se identifica rápidamente como algo tóxico. Sin embargo, compartir la ubicación o permitir que la pareja mire el teléfono en determinadas situaciones genera respuestas bastante más ambiguas.

No todo vale. Pero tampoco todo se coloca en el mismo nivel. Sus fronteras existen, aunque se mueven según la persona, la relación o la situación. Y quizá esa sea una de las diferencias más interesantes. La intimidad ya no depende únicamente de que algo esté o no esté expuesto. Depende también de ante quién lo está.

DECIDIR EN MEDIO DEL RUIDO

El problema es que todas estas decisiones se toman en un entorno que invita permanentemente a compartir.

Las plataformas preguntan qué estamos pensando, dónde estamos, qué estamos haciendo. Nos recuerdan fotografías de hace cinco años y nos sugieren que las volvamos a publicar. Premian la interacción y la visibilidad. Y los jóvenes se mueven en ese entorno mientras construyen algo tan delicado como su propia identidad.

Además, todo sucede deprisa. Publicar una fotografía, enviar un vídeo o compartir una ubicación requiere apenas unos segundos. Pensar en qué puede ocurrir después exige bastante más tiempo.

Ahí sí tenemos un reto.

REFORMULAR LAS RECOMENDACIONES

Durante años, buena parte de la educación sobre privacidad se ha apoyado en advertencias: cuidado con lo que subes, no enseñes demasiado, no hables con desconocidos, no compartas información personal. Son recomendaciones necesarias, pero quizá se estén quedando cortas.

"El 76 % de los adolescentes adopta controles de privacidad en sus aplicaciones. Para ellos, estar muy expuestos no implica que les dé igual quién puede verlos"

Porque un adolescente puede saber perfectamente que no debe dar su contraseña a un desconocido y, al mismo tiempo, no haberse preguntado por qué siente que debe enseñar el móvil a su pareja para demostrarle que confía en ella. Puede configurar una cuenta como privada y no pensar demasiado qué sucede con una imagen cuando sale de ese pequeño círculo. O aceptar compartir su ubicación porque todos sus amigos lo hacen sin haberse planteado si quiere estar localizable siempre.

La cuestión ya no es solo enseñarles a proteger sus datos. También necesitamos hablar con ellos sobre qué significa tener un espacio propio. Y aquí los adultos tenemos una responsabilidad, aunque antes quizá debamos revisar nuestra propia mirada. Difícilmente podemos acompañarlos si empezamos la conversación diciéndoles que se exponen demasiado o que nosotros, a su edad, jamás habríamos hecho algo parecido. Nosotros no crecimos con un teléfono en el bolsillo, una cámara siempre disponible y buena parte de nuestra vida social pasando por una pantalla.

No creo que las nuevas generaciones hayan dejado de valorar la intimidad. Tampoco que sean inmunes a la exposición. Han aprendido a relacionarse con ambas de una forma distinta porque el mundo en el que están creciendo también lo es.

La pregunta interesante, entonces, no es cuánto comparten. Es si están pudiendo decidir qué quieren reservarse.

Y quizá ahí sí podamos ayudar.

